



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9349

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 125 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La responsabilidad es de la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 29 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ANTIGÜEDADES

Se compran, y con preferencia, alhajas, tapices, bordados, encajes y muebles franceses.

Hotel de Francia, habitación número 4.

M. ME LEONIE BRUTIN,
MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Para Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chausburski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

ECO DE PARÍS

28 Diciembre 1892.

La semana nos ha obsequiado con una niebla fría que oscurecía todo y evitaba sombras; los que iban por las calles parecían fantasmas, caminando indecisos, dudosos y con temor con niebla espesa que reinaba: hubo esta niebla, rara en estas proporciones en París, por las direcciones contrarias del aire, en dos corrientes que se presentaron: una del N. que se unía con otras de aire frío y seco, con una del Sud, cuyo aire era húmedo y caliente: en los sitios más cercanos al Sena, es donde más se notó este fenómeno, y el punto más opaco fue de la iglesia de Notre Dame para arriba: en Londres estas nieblas son conocidas, pero aquí solo se han visto en Diciembre de 1868 y en Febrero de 1880.

Cuando niebla y la temperatura baja de O., se trasforma la humedad en escarcha, y en algunos minutos en «verglas», especie de hielo cristalizado que impide circular personas y vehículos.

Y vamos á dar detalles de Panamá: ya saben ustedes las prisiones de los administradores Mrs. Charles Lesseps, Fontana y Sans Leroy, á las primeras horas de la mañana en sus domicilios: Mr. Cottu que estaba en Viena, ha llegado espontáneamente para ingresar en la prisión: Mr. Cornelius Herz, otro de los llamados á prenderse encuentra en Londres y no puede pedir su extradición por esta causa.

Este último resulta que era el hombre poderoso de Francia y que disponía de las mayores influencias.

Se presentaron otras dos demandas para proceder por el Juez de Instrucción contra los Sres. Rouvier, antiguo Ministro de Hacienda, Jules Roche, de Comercio; Proust, de Bellas Artes; E. Arene, diputado y Dugué de la Fanconnerie, tam-

bién diputado: á los Sres. Alberto Grevy, Renault, Thevenet, Devés y Beral, senadores todos y tres antiguos ministros.

Las Cámaras han acordado despojarlos de la inmunidad parlamentaria.

En los embargos hechos en la Banca Thierrée, habían entregado cheques, pero no los talones que dijo Thierrée, había quemado, y cuando el antiguo prefecto de policía Mr. Andrieux, vino y dio otros nombres, que en Londres le había dado Herz Mr. Bourgeois, Ministro de la Justicia, que según asegura, no había querido que se dieran los talones, para no comprometer á muchos más, se vio en el caso de hacer que Mr. Thierrée, fuese de nuevo al Juez de Instrucción y se los entregase, diciendo que no los había quemado, pero que no quiso entregarlos al Comisario de policía.

Pero para palabras claras, las que pronunció Mr. Rouvier cuando la Cámara aceptó la propuesta de despojarle de sus derechos de inmunidad: recordó en su discurso que hacía cuatro días que Mr. Ribot había asegurado que eran muchos los servicios que había prestado á su país, y dirigiéndose á la mayoría dijo: «Pero ustedes, queridos colegas, que votáis las persecuciones ahora, no estaríais aquí escuchándome en esos bancos, sin el dinero que han dado los banqueros.»

Otra frase que se atribuye á Mr. Charles Lesseps, uno de los detenidos, es: «Yo pagaré tres años de prisión, pero he de tener el placer de contar todas las villanías de aquella canalla.»

Se verificó ayer el duelo Clemenceau-Deroulede en el Hipódromo de St Ouen: medido el terreno á las 2:58 los armaron: Deroulede se descubrió y dejó el sombrero sobre el verde: á la orden tiraron los dos: Deroulede el primero; cambiaron las armas por otras y á la orden tiraron: Clemenceau tiró el primero, siempre sin resultado: á la tercera es también la de Clemenceau la bala que parte primero: al terminar Mr. Deroulede se baja para coger su sombrero, lo que hizo creer estaba herido: el proceso verbal ha sido que se han cambiado seis balas sin resultado: los adversarios no se reconciliaron: el duelo terminó á las 3:25; los terrenos adyacentes estaban llenos de curiosos.

Dicen de Teheran que el Shah está gravemente enfermo.

En Bruselas la policía ha visitado los principales hoteles, creyendo encontrar á Artón.

Del Brasil, dicen que en Río Grande de Sud, bandas de ladrones recorren la campaña: el terror reina y la policía es impotente: se han fusionado las Bancas de la República y Brasil: la nueva emitirá cien mil contos de reis, garantidos por una cuestión de obligaciones al 4 por 100

Centro América progresa: Guatemala con el general Reina Barrios, se ocupa de su crédito: ya ha situado en Londres las 8.000 libras esterlinas para el sorteo extraordinario de Bonos de la Deuda Interna, cuyos intereses se pagan con exac-

titud, influyendo esto, en el alza que tienen estos títulos de renta.

Aun con la depreciación de la plata, que ha puesto tan difícil la cuestión monetaria y la influencia ejercida por la epidemia de cólera, en la baja de la renta de aduanas, el gobierno no ha acudido á nuevos impuestos y tiene la satisfacción de que los más fuertes banqueros de aquel país, le han abierto crédito, sin condiciones onerosas, con la garantía de la honorabilidad del gobierno.

La construcción del ferrocarril de la capital al Atlántico, que tanto ha de mejorar las comunicaciones, está ya explotándose el primer trozo y en breve acabarán el segundo.

Es falso y puedo desmentir, el cablegrama de Santiago, que aquí han publicado algunos diarios, diciendo que el Director de Policía había causado la muerte de una mujer, llamada Noriega, por hablar bien en una reunión del Salvador: nunca han sido más cordiales las relaciones entre ambos países, que marchan en la mayor paz por la vía del progreso dando también el Salvador muestras de su gobierno honrado con la presidencia del general Ezeta: es pues falsa esa noticia, lo mismo que las desfavorables respecto á inmigrantes que publica un diario inglés.

Hasta la próxima soy s. s.,

B. L. ECLAIR.

COLABORACION INEDITA.

CUANDO BARAJA EL DIABLO.

I
Vean Vd. lo que son las cosas, apesar de sus cuarenta y ocho años; apesar de su seriedad de funcionario del Ministerio de Estado; apesar de sus cabellos grises, apesar de sus ideas severas respecto á la fidelidad conyugal, el Sr. Pérez Guión estaba enamorado de la generala Luanes.

¡Soberbia mujer de magníficas formas, negros ojos y graciosa sonrisa por la cual así demostraba la satisfacción que sentía al tenerse á sí misma por una bella, como el despreciativo orgullo con que provocaba á los hombres y miraba á las demás mujeres.

Para Pérez Guión, aquella mujer, era sin duda la que con mayor atractivo le había entontecido; la consideraba como la más seductora de cuantas había hallado en su vida. Entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco suelen darse para el hombre las últimas ilusiones, puede denominarse las flores de otoño—con íntima fascinación, casi con el mismo pujante colorido que hermosa las risueñas esperanzas de la juventud, ven los gallos veteranos aparecer las mujeres de sus ensueños. Suele el hombre pecar en tal edad por muchas candorosas torpezas y cometer, no obstante, la consabida experiencia, muy risibles errores, pero en tal tiempo la idealidad es más vaga, el deseo más casual; no es llamada brillante y juguetona de una joven naturaleza, es el rescoldo devorador que consume en un inevitable envejecimiento. Si Filomena hubiera llegado á sospechar la peligrosa pasión que su marido sentía por la rozagante generala Luanes, qué de oprobioso encono, qué de terribles apóstrofes hubiera manifestado al respetable señor Pérez Guión.

El remozado caballero, puesta una camelia en el ojal del frac; previos algunos toques de pasta cosmética de teñir; tieso el bigote, lanzóse á la calle: iba casi con el atolondrado alborozo con que un po-

lito se arroja al primer vuelo de una primera soirée.

Dirigióse al baile de los marqueses de Alcotan, muy erguido y aireando el cuerpo, cual si quisiera convencerse á sí mismo de que algo como el estufio de un rejuvenecimiento le iba prestando gracia, esfuerzo y buen ánimo: tal marchaba el señor Pérez Guión por las calles y lleno de impaciencia y afanosos por llegar pronto cerca de la generala.

Ya pudo divisar al extremo de la calle, allá lejos, muy lejos, la fila de coches que se hallaban detenidos á la puerta del palacio, cuando de pronto, notó que se le había olvidado comprar los guantes é intentó volver atrás y dirigirse casa del Vallisoletano. ¡Contrariedad desesperante! de seguro que por ella iba á perder más de una hora.

Decidióse á tomar un coche y precisamente volvía uno de casa de los marqueses.

Pérez Guión le detuvo, hizo bajar la tablilla y dió orden para que á todo escape le condujese á la guantería y luego casa de Alcotan.

¡Quién sabe lo que el diablo invisible maquina! ¡Como enreda y trastorna! cual con mañosa malignidad hace de modo que así por tropiezos y pequeños contratiempos, distracciones y errores, vengán días durante los cuales todo es una continua sucesión de chascos y disgustos para nuestro pobre espíritu—que suele dar frecuentemente el nombre de casualidades á las más burlescas labores. Cuando Pérez Guión entró en el carruaje llevaba un misterioso temor; ya se lo temía, la aventura iba á realizarse con funesto principio. ¡Haber perdido los guantes! era un dato que al supersticioso caballero infundía extraño sobresalto. Calle arriba el rojizo y escuálido caballo arrastraba el coche—un mal coche alquilado no muy bien revestido y maloliente.

—Por allí, por aquella trasteada caja había pasado todo Madrid. Era uno de esos coches mercenarios que así van del teatro al hospital como de un palacio al cementerio.

Deslustrado el charol, deshilachados los portabrazos; tonante y crujiente todo él; pesado y de tocos rodaje saltaba por los adoquines trastornando la cabeza al pobre caballero; mas éste acababa de hacer un descubrimiento. Palpando en el almohadón sus manos tropezaron con un objeto pequeño y suave; era un diminuto tarjetero de señora, una cartera de piel de Rusia con iniciales de plata en el centro, un objeto femenino perfumado de heliotropo, terso, monísimo con sus punteras bordadas y su fondo de raso granate.

Aplicó Pérez Guión á la punta de su nariz, y aspirando con delicia su aroma puso en blanco los ojos y salióle dentro del pecho con vivo regocijo el traqueteado corazón.

¡Oh psicológicos misterios de la sensibilidad! ¡Secreto poder de las sensaciones! ¡Viva asociación de recuerdos por la cual tal vez se explique el instinto de los perros de caza!

Pérez Guión había reconocido el favorito perfume de la bella generala. Ocurríese entonces fijarse en las cifras; y cuál no sería su asombro al ver que por arabesco juego se hallaban enlazadas una T, una M, una G y una L y en el centro un diminuto «de.»

No tendrá mayor alegría el arqueólogo epigrafólogo al descifrar un geroglífico egipcio, que gozo tuvo el caballero al leer Teresa María Gómez de Luanes.

¡Era ella! ¡era ella! Los celos más vivos se despertaron en el ánimo del caballero; sin duda que á no ser por vergonzosa aventura era imposible que una mujer elegante, señora de carruaje propio, hubiera entrado en aquel mal simón.

La curiosidad hizo que Pérez Guión registrara la bolsita del tarjetero. En ella había una carta de la cual el caballero sólo se atrevió á leer las primeras palabras de aquel precioso documento.

«Teresa ¡querida mía!... y la firma «Fernando».

¡Fernando!

El joven marino que entonces galanteaba á la generala. Ya no le era dado dudar; pero una respetuosa discreción, ese temor que á todo hombre honrado le detiene y le impide oír un secreto ajeno, ó leer un escrito que no le corresponde, dominó la interesada curiosidad del señor Pérez Guión.

Había éste aprendido por caballeresca educación, desde sus primeros años á comprender cuanto se rebaja un hombre que acecha ó fiscaliza á una mujer, que aplica el ojo ó el oído á una cerradura ó se permite romper el secreto de una carta. No, no la tocó; y durante el tiempo que el guantero hubo de emplear en probarle mañosamente los guantes, y durante los diez minutos que tardó el carruaje en llegar casa de los marqueses de Alcotán, el ingenio del caballero, ávido por la pasión, descubrió que el tarjetero y la carta podían servirle de armas para la decisiva conquista de la hermosa generala.

Entró resueltamente en aquel salón vasto, color gris perla; ya animado por la parlera y riente muchedumbre de elegantes mujeres. Dirigióse al contiguo gabinete, célebre por el extraño decorado, al que debe la denominación de camarín de los espejos, y allí encontró, al lado de la marquesa, á la generala.

Bastóle al caballero mirar la cara de Teresa para comprender que ésta se hallaba nerviosa y preocupada. Recibió al caballero con una sonrisa llena de melancolía y atarabaldía. Al estrechar la mano de la bella, Pérez Guión á quien sin duda gustaban las curiosidades psicológicas creyó que la generala se había estremecido ligeramente, y pensó el caballero en que tal vez fuera cierto que el tacto nos dota de adivinación acerca del lugar donde se hallan los objetos perdidos.

¡Lástima que de tan extraña facultad no tengamos conciencia en la mayor parte de los casos!

—¿Cómo está Ud., Teresa?

—Bien, amigo Pérez Guión; y Ud?

—Molido, querida amiga. He pasado un momento en un maldito coche simón y no parece sino que el triquitraque ha desconyuntado mis articulaciones. ¿Cómo habrá gentes que se metan en esos carruoches, sobre todo personas decentes? Bien que tan sólo una apremiante urgencia puede obligarnos á soportar tan odioso martirio; y sin embargo, en esos carruajes suelen encontrarse finos pañuelos de bordado blasón y otros objetos propios del lujo, y del uso de sujetos distinguidos.

—Oh! ¡qué dice Ud?—exclamó afanosamente inquieta la generala.

Pérez Guión se portó con suma destreza y no menor audacia; pronto Teresa rendida por la timidez y el deseo parecía dispuesta á entrar en negociaciones con el caballero. Hubo entre miradas y mohines, vagas palabras y no muy embrozadas indirectas, promesas verdaderas y al fin una cita formal. Pérez Guión no podía entregar la cartera, pues dijo que aun no obraba tal objeto en su poder; la entregaría á la mañana siguiente en el pabelloncito del jardín de la generala.

En el pabelloncito de verano, en el kiosco, que ya á fines de Otoño se cerraba; allí iría muy temprano el caballero, allí había de esperarle Teresa.

II

Se puede pasar una noche de agitación con febriles ilusiones, y despierto algunas horas pensar en la hermosa mujer